

DE LA AMISTAD.

ARGUMENTO.

Examina Cicerón en este diálogo cuál es el origen de la amistad. Impugna la opinión de algunos sofistas, que atribuían este origen á las necesidades de los hombres; y prueba que el amor á la virtud es el principio natural de la amistad. Pasa después á señalar las calidades y condiciones de los amigos, para que no nos equivoquemos al escogerlos, las cuales reduce á la semejanza de costumbres buenas, y á la conformidad del genio y demás prendas naturales. Y últimamente entra á prescribir las obligaciones respectivas de los amigos; dando muy buenos consejos en todas ellas, y aplicando a todos los casos ejemplos muy á propósito para confirmación de su doctrina.

CAPÍTULO PRIMERO.

Razones que movieron á Cicerón á escribir este diálogo.

Quinto Mucio el agorero (1) solía contar con gracia muchas cosas de su suegro C. Lelio, que tenía muy

(1) El sacerdocio de los agoreros era perpetuo; por eso se añade como sobrenombre: éste es aquel Q. Mucio Escevola que fué cónsul el año 637 de la fundación de Roma. Casó con Lelia, émula de la elocuencia de su padre.

presentes en la memoria, y no dudaba llamarle sabio en todas las conversaciones. Mas á mí me dedicó mi padre desde que tomé la toga viril á Escévola (1), de suerte que jamás me apartaba del lado de este viejo, en cuanto yo podía y lo permitían sus ocupaciones. Y así grababa en la memoria muchas cosas de que él hablaba como sabio, muchas sentencias breves, pero oportunas y vivas, procurando aprovecharme de su capacidad y de su experiencia. Muerto éste, me dediqué de nuevo al pontífice Escévola, de quien me atrevo á decir que era el hombre de más talento y más ajustado que se conocía en Roma. Mas de este ya hablaremos en otra ocasión: volvamos al agorero. Entre otras muchas cosas que contaba, me acuerdo que en su casa sentado (como allí se acostumbraba) en un circo, estando yo presente con algunos amigos, vino á parar en una novedad, que era entonces el objeto de las conversaciones de todos. Bien te acordarás, Atico, y más por el trato que tenías tan familiar con Publio Sulpicio, qué admiraciones y sentimientos de dolor se excitaron en algunos cuando este tribuno de la plebe estaba enemistado gravemente con Q. Pompeyo, que entonces era cónsul, habiéndose tratado antes los dos con muy estrecha amistad. Pues llegando á este punto Escévola nos refirió el discurso que sobre la amistad hizo Lelio á él y al otro yerno suyo C. Fanio, hijo de Marco, pocos días después de la muerte de Africano (2). De esta conversación se me fijaron algunas sentencias en la

(1) A los diez y seis años se dedicó á este varón principal de la ciudad, según la costumbre de aquellos que se disponían para la curia y el foro.

(2) Este es Africano el menor que destruyó á Cartago, vencida ya por el Africano el mayor: fué hijo de L. Emilio Paulo, y adoptado por P. Escipión, hijo de Africano el mayor.

memoria, las cuales he extendido en este libro á modo; en el cual introduzco como interlocutores los mismos sujetos, por evitar la molesta repetición de las palabras *dijo* y *decía*; y tambien porque parezca una conversación entre presentes.

Porque como tratabas muchas veces conmigo, Atico, que escribiese alguna cosa sobre la amistad, me ha parecido asunto digno de la nuestra y del público; y así de buena gana pretendo aprovechar á muchos condescendiendo con tus ruegos. Mas como en el Catón mayor, que te escribí sobre la vejez, introduje hablando al viejo Marco Catón, porque ninguna persona juzgué más á propósito para hablar de ella que aquel que había sido viejo muchísimos años, y en la misma vejez se había señalado entre todos; así habiendo oído á nuestros mayores que era muy digna de memoria la amistad de C. Lelio y P. Escipión, me pareció digna persona la de Lelio para discurrir sobre la amistad aquellas mismas cosas que se acordaba mi amigo Escévola haberle oído hablar. Porque este género de conversaciones en boca de hombres antiguos, de autoridad, y de los más ilustres entre ellos, tienen un no sé qué de mayor gravedad. Yo mismo algunas veces, cuando leo mi diálogo, casi llego á creer que no soy yo quien habla, sino M. Catón. Así, pues, como escribí entonces á un anciano sobre la vejez, siendo yo ya entrado en ella, del mismo modo ahora escribo á un amigo, de quien yo lo soy mucho, acerca de la amistad. En aquel libro habló Catón, que era casi el más viejo de su tiempo y el más sabio; en éste sobre la amistad habla Lelio, hombre sabio (porque por tal fué tenido), y que excedió á todos en la gloria de ella. Tú aparta de mí un poco la imaginación y juzga que el que habla es Lelio. C. Fanio y Q. Mucio van á casa de su suegro después que murió

Africano: éstos empiezan la conversación: responde Lelio, cuyo discurso es sobre la amistad; en el cual al leerle tú te conocerás á tí mismo.

CAPÍTULO II.

En qué consistía la sabiduría de Lelio.—Elogio de Catón.

FANIO.—Así es como dices, Lelio, porque no ha habido jamás hombre mejor que Africano, ni más esclarecido. Pero debes pensar que todos tienen puestos en tí los ojos, que sólo tú eres llamado, y tenido por sabio. Atribuíase este renombre poco ha á M. Catón: de L. Atilio sabemos que fué grande la opinión de sabiduría entre nuestros antepasados; pero de ambos por distinto camino: de Atilio porque era calificado de perito en la jurisprudencia: de Catón por su grande experiencia de muchas cosas; y se celebraban en boca de todos muchas prudentes determinaciones suyas, su mucha rectitud en algunas acciones, y su singular prontitud y agudeza en las respuestas: por lo cual llegó á adquirir en la vejez el sobrenombre de sabio. Pero á tí no solamente por tu genio, por tus costumbres, sino también por tus estudios y ciencia te llaman sabio; y no como neciamente suele aclamar el vulgo, sino como acostumbran á juzgar los eruditos, y como ni en la Grecia ha habido semejante. Porque los que comúnmente son celebrados por los siete sabios, no los suelen poner en este número los que discurren con más delicadeza. Uno solo sabemos que hubo en Atenas (1), que fué declarado sabio

(1) Este fué Sócrates; el cual nunca tuvo empleo en la repú-

por el mismo oráculo de Apolo. Pero en tí juzgan que se halla tal sabiduría, que todos tus bienes los crees dentro de tí mismo, y tienes á la virtud por superior á todas las contingencias humanas. Por lo cual me preguntan, y creo que á tí también, Escévola, con qué resignación has llevado la muerte de Africano; y más porque habiéndonos juntado las nonas pasadas en casa del agorero Decio Bruto á nuestros comentarios (1), no te hallaste presente, siendo así que el día de la junta jamás faltabas, cumpliendo con la obligación de tu empleo puntualísimamente.

ESCÉVOLA.—Es verdad, C. Lelio, que lo preguntan muchos, como ha dicho Fanio; pero yo les respondo lo mismo que he notado, que llevas con moderación el dolor que has recibido en la muerte de un hombre tan grande y tan tu amigo; aunque no habías podido menos de sentirla, ni esto era correspondiente á tu buen corazón: y que de no haber asistido á la junta de nuestro colegio en las nonas pasadas, fué la causa tu poca salud, y no tu tristeza.

LELIO.—Dices bien, Escévola, y así es verdad; porque ni yo debí apartarme por ningun mal acontecimiento mío del oficio que siempre he practicado estando bueno, ni juzgo cómo pueda caber en un hombre recto y constante interrumpir sus obligaciones por ninguna perturbación de ánimo que le sobrevenga. Tú, Fanio, en decir que me atribuyen los otros lo que ni yo hallo en mí ni lo pretendo, obras como amigo; mas en lo que dices de Catón, no me parece que juzgas bien. Porque ó no ha habido hasta ahora algún

blica: por eso dice después que son alabados sus dichos, y no sus hechos.

(1) Parece que se juntaba el colegio de los agoreros en las nonas del mes á tratar los asuntos concernientes á su empleo; pero no debían tener sitio señalado donde celebrar sus juntas.

varón sabio, que es á lo que más me inclino; ó si le ha lo habido, era M. Catón. Porque, dejando aparte otras cosas, ¿cómo llevó la muerte de su hijo? Bien me acuerdo de la constancia de Paulo (1), y ví yo mismo la de Galo, pero en la pérdida de unos niños (2); más la entereza de Catón, en un hombre ya hecho y visible. Y así, no antepongas á este varón ni al mismo que dices fué reputado por sabio por el oráculo de Apolo; pues de él solo se alaban los dichos, y de Catón los hechos.

CAPITULO III.

Que la muerte no fué un mal para Escipión: virtudes de ésta.

Mas por lo que á mí toca (hablando ya con los dos), si queréis saber el actual estado de mi corazón, es éste. Si yo dijera que no estaba afligido con la muerte de Escipión, los sabios podían juzgar si hacía bien en esto; pero seguramente mentiría. Pues ciertamente siento la falta de un amigo cual no habrá nunca semejante, según yo imagino, y según puedo afirmar, nunca le hubo. Pero no necesito de remedio: yo mismo me aplico la medicina con el consuelo de que no estoy en el error de muchos que se angustian en la muerte de sus amigos. Porque ningún mal juzgo

(1) Este Paulo, padre de Africano, en medio de la alegría del triunfo perdió dos hijos.

(2) L. Emilio Paulo Macedónico y P. Sulpicio Galo mantuvieron constancia de ánimo en la pérdida de sus hijos; pero eran niños: Catón mostró su entereza en la pérdida de un hijo que ya era hombre visible y fué elegido por pretor. Vease el Discurso de la *Voz* al fin.

que ha sobrevenido á Escipión: si alguno ha sucedido, ha sido á mí; y afligirse uno gravemente por sus desgracias, no es de quien ama al amigo, sino de quien se ama á sí mismo. Pero en cuanto á él, ¿quién negará que fué feliz? Pues á no pretender la inmortalidad, en que jamás pensó, ¿qué pueden desear los hombres que él no consiguiese? Un hombre que con su increíble virtud comenzó á exceder desde que fué joven las grandes esperanzas que los ciudadanos concibieron de él en su niñez; que jamás pretendió el consulado, y fué dos veces elegido cónsul, la primera antes del tiempo prescrito, la segunda para él á su tiempo, mas para la república casi tarde (1); que destruidas dos poderosas ciudades muy enemigas de este Imperio, desbarató no sólo las guerras presentes, sino las que en adelante pudieran ocasionarse. Pues ¿qué diré de la afabilidad de sus costumbres, de la ternura para con su madre (2), de la liberalidad con sus hermanas, de la bondad con sus amigos, y de la justicia con todos? Esto bien notorio es á vosotros; y el grande amor que le tuvo toda la ciudad, bien lo dió á conocer la tristeza de su funeral. Pues á un varón como éste, ¿qué le hubiera podido añadir algunos años más de vida? Porque aunque la vejez no sea pesada, como me acuerdo que nos decía Catón á Africano y á mí el año antes de morir, con todo quita aquel verdor en que todavía se mantenía Escipión. De modo que su vida, ó su fortuna, ó su gloria fué tal que nada se le puede añadir. Ni sintió la muerte, por-

(1) Apaciguó el pueblo enfurecido por la muerte de Graco. Pero si antes hubiera sido cónsul, hubiera podido reprimir al mismo Graco.

(2) Papiria, á la cual, repudiada por su padre, ayudó él con sus bienes propios, y después de muerta quiso que la herencia pasase á sus hermanas.

que no le dió lugar para ello su celeridad. Qué muerte fué la suya, no se puede asegurar, aunque ya sabéis lo que se sospecha (1). Mas lo que se puede decir con verdad es, que de los muchos días que tuvo Escipión felicísimos y muy alegres, aquél le amaneció más ilustre en que, despedido el Senado, fué acompañado á su casa la tarde antes que muriese por los padres conscriptos, los aliados de Roma y los latinos: de suerte que desde tan alto grado de dignidad, más parece que fué arrebatado á los cielos que no á los infiernos.

CAPÍTULO IV.

Que las almas son sustancias divinas, y después de la muerte tienen abierto el camino del cielo.

Porque no soy yo de la opinión de aquellos que poco ha decían que las almas mueren juntamente con los cuerpos, y que todo se acaba con la muerte. Vale más para mí la autoridad de los antiguos y de nuestros antepasados, que atribuyeron á los difuntos derechos más religiosos; lo cual en verdad no hubieran hecho si no creyeran que tienen parte los difuntos en las honras que se les hacen: ó la de aquellos que habitaron en nuestra tierra (2), é instruyeron á la Grecia

(1) Sospechábase que le habían dado veneno: las sospechas recayeron contra un tal Fulvio, contra Metelo Macedónico, contra el cónsul Sempronio y contra Papirio Carbón, por haber resistido una ley que Escipión logró no se recibiese, y por particulares contiendas que habían tenido con él el día antes de su muerte.

(2) Esto se entiende de la secta itálica, cuyo autor fué Pitágoras.

Magna, entonces floreciente, y ahora destruída: ó la de aquel á quien la voz de Apolo declaró por el más sabio de todos los hombres, el cual no decía ahora una cosa, ahora otra sobre este punto como en los más, sino siempre lo mismo; que las almas de los hombres son inmortales, y que en saliendo del cuerpo está patente el camino del cielo, muy abierto y desembarazado para los más virtuosos y justos. Lo mismo sentía Escipión, el cual, como si adivinara, habló por espacio de tres días acerca de la república, estando presentes Filo y Manilio, y tú también, Escévola, que fuiste en mi compañía: concluyendo con un discurso sobre la inmortalidad de las almas, que decía haberle oído á Africano en un sueño. Pues si es cierto que con tanta facilidad vuela el ánima de los justos de estas como ataduras y prisiones del cuerpo cuando muere, ¿á quién diremos que ha sido más fácil remontarse á los cielos que á Escipión? Por lo cual afligirse de este acontecimiento, me temo no sea más envidia que amistad. Y si es más cierta la otra opinión de que con los cuerpos mueren juntamente las almas y que ningún sentido queda después; así como en la muerte nada hay de bueno, ni de malo tampoco por consiguiente. Porque perdido el sentido, queda el hombre como si no hubiera nacido absolutamente; y de que éste haya nacido nos alegramos nosotros, y la ciudad se alegrará para siempre.

Por lo cual Escipión ha sido muy dichoso; yo infeliz, que fuera más regular que saliera primero de este mundo porque primero vine á él. Pero como quiera, es tal mi complacencia en acordarme de que fuimos amigos, que tengo á dicha el vivir por haber vivido con Escipión: con quien fué común mi cuidado en los asuntos del público y particulares, común la paz en Roma y la milicia en las guerras, y un sumo con-

sentimiento, en que consiste la mayor fuerza de la amistad, en los estudios, en los deseos y en los pareceres. Y así no me lisonjea tanto este concepto de sabio de que Fanio me ha hablado, especialmente siendo falso, como la esperanza de que la memoria de nuestra amistad ha de ser eterna. Y tanto más la tengo en el corazón, porque en todos los siglos apenas se cuentan seis ú ocho verdaderos amigos; en cuyo número espero que la amistad de Escipión y Lelio ha de ser conocida de la posteridad.

FANIO.—Y es preciso que lo sea, Lelio. Mas ya que has hecho mención de la amistad, y estamos demás ahora, me harás el mayor placer, y creo que también á Escévola, si como acostumbras sobre otras cosas cuando te preguntan, así de la amistad nos dices qué juicio haces, cuál juzgas ser amistad y las reglas que prescribes.

ESCÉVOLA.—A mí ciertamente me será de gran gusto; y queriendo yo pedírtelo, me ha preocupado Fanio la palabra: por lo cual á entrambos nos será muy agradable.

CAPÍTULO V.

Cuánta sea la fuerza de la amistad: no puede hallarse sino entre los buenos: quiénes merecen este título.

LELIO.—No tendría dificultad, si tuviera confianza en mis fuerzas: porque es asunto que lo merece, y estamos demás, como ha dicho Fanio. Pero ¿qué hombre soy yo? ¿ó qué facultad hay en mí para ello? Esta es la costumbre de los doctos, y en especial de los Griegos, el proponerles de qué hablar, aunque sea de

repente: es negocio grande, y necesita de no pequeño ejercicio. Y así en los que están acostumbrados á este género de discursos, juzgo que debéis buscar lo que se puede decir de la amistad: yo sólo puedo aconsejaros que la antepongáis á todas las conveniencias de la vida: porque ninguna cosa hay tan conforme á la naturaleza ni tan á propósito para los sucesos favorables ó adversos. Mas en primer lugar soy de parecer que no puede haber amistad sino entre hombres de bien: y esto no lo hemos de adelgazar tanto, como los que discurren con sutilezas (1): que ello será verdad; pero no es lo que se encuentra regularmente en la vida humana. Dicen que no hay hombre de bien sino el sabio. Bien; sea así; pero lo entienden de una sabiduría que ningún hombre ha conseguido hasta ahora: nosotros hemos de mirar á lo que por experiencia se halla en la vida común, y no lo que sólo existe en la idea del deseo. No me atreveré yo á decir que fueron sabios, según la regla de éstos, C. Fabricio, M. Curio y T. Coruncano, á quienes tuvieron por tales nuestros antepasados. Y así, buen provecho les haga su nombre de sabiduría, igualmente odioso que poco inteligible; y concédannos á lo menos que éstos fueron hombres de bien; pero ni aun eso: dirán que esto no puede concederse sino á un sabio.

Vamos nosotros más á la pata llana (como suelen decir), y creamos que los que viven y se portan de suerte que se experimenta su fidelidad, su integridad, su bondad y liberalidad, que en ellos no se descubren deseos, ni liviandades, ni atrevimientos, y que son como los que acabo de nombrar de gran constancia, como fueron reputados por buenos, así se les debe lla-

(1) Los estoicos, que pedien cierta manera excelente de bondad y sabiduría de que apenas son capaces los hombres.

mar: porque siguen (cuanto cabe en hombres) á la naturaleza (1), que es la mejor maestra de la vida. A mí me parece que todos hemos nacido con cierto vínculo de sociedad que á todos abraza, aunque ésta es más estrecha á proporción de la conexión más cercana de unos con otros. Y así son mejores para amigos los ciudadanos que los extranjeros, los parientes que los extraños: porque entre éstos engendró amistad la misma naturaleza, aunque no es de gran constancia; pues en esto excede al parentesco la amistad, en que él dura y permanece aun sin amor, y la amistad no: porque en faltando el amor, se deshace. Mas cuánta es la fuerza de la amistad se puede colegir de que una infinita sociedad que compone la naturaleza, la estrecha la amistad, y la contrae de suerte que une todo el amor en dos ó pocos más sujetos (2).

CAPÍTULO VI.

Definición y excelencia de la amistad.

No es otra cosa la amistad que un sumo consentimiento en las cosas divinas y humanas con amor y benevolencia; don tan grande, que no sé si han concedido los Dioses (excepto la sabiduría) otro mayor á

(1) Este se llama el sumo bien en el libro primero de los *Oficios*, cap. VII, y en el lib. I de *Legibus*, cap. XXI. Aquel pues sigue á la naturaleza que vive según sus leyes, y nada deja pasar cuanto está de su parte por conseguir aquellas cosas que la naturaleza desea.

(2) Las amistades que celebraban los antiguos Griegos son entre dos solamente, como la de Teseo y Piritóo, la de Aquiles y Patroclo, la de Orestes y Píladés, la de Damón y Plintias, la de Pelópidas y Epaminondas,

los mortales. Prefieren unos las riquezas, otros la buena salud, otros el poder, otros las honras, y muchos los deleites: esto último es propio sólo de las bestias, y lo otro caduco y perecedero, dependiente no de nuestro arbitrio, sino de la inconstante fortuna. Y así discurren noblemente los que constituyen el sumo bien en la virtud; y esta misma es la que engendra y mantiene las amistades; de modo que sin ella no puede haberlas en manera alguna. Interpretemos, pues, la virtud como la acostumbramos á entender por el uso común de la vida y nuestros discursos, y no la midamos como algunos doctos por cierta magnificencia de palabras: contemos por buenos á los que son tenidos por tales, como los Paulos, los Catones, los Galos, Filos, Escipiones, con los cuales se contenta lo común de la vida; y dejemos aquellos que nos es imposible hallar. Entre tales sujetos tiene la amistad tantas conveniencias, cuantas yo no sabré decir.

Porque en primer lugar ¿cómo puede ser soportable (como dice Ennio) aquella vida que no descansa en la mutua benevolencia de un amigo? ¿Qué cosa tan dulce como tener uno con quien hablar de todo tan libremente como consigo mismo? ¿Sería por ventura tan grande el fruto de las prosperidades si no tuviéramos quien de ellas se alegrara tanto como nosotros? ¿Y se podrían sufrir las adversidades sin uno que las sintiese aun más que los mismos que las experimentan? Finalmente, todas cuantas cosas se apetecen cada una tiene su uso particular: las riquezas para el uso, el poder para la veneración, las honras para el aplauso, los deleites para la fruición, la salud para no sentir dolores y estar expedito en los ejercicios corporales: la amistad abraza muchas cosas; á cualquiera parte que nos volvamos, la encontramos pronta, en todas tiene lugar, nunca es impertinente, jamás molesta.

De modo que no usamos más del agua y del fuego, como dicen, que de la amistad. Y no hablo ahora de una amistad vulgar ó mediana (aunque tambien ésta deleita y aprovecha), sino de la verdadera y perfecta, como fué la de aquellos pocos que son tan nombrados. Esta hace más abundantes las prosperidades, y las adversidades, partiéndolas y comunicándolas, más llevaderas.

CAPÍTULO VII.

Ventajas que trae consigo la amistad.

Mas siguiéndose tantos y tan grandes provechos de la amistad, el mayor de todos es que hace concebir buenas esperanzas para todo lo que puede sobrevenir, y no deja que desfallezcan ó se acobarden los ánimos. Porque al verdadero amigo le mira el otro como á una imagen de sí mismo; y así se hacen presentes los ausentes, los necesitados abundantes, los flacos poderosos, y, lo que es más dificultoso de creer, se hacen los muertos vivos tal es la honra, el deseo, la memoria que les sigue siempre de sus amigos. De este modo parece la muerte de unos dichosa, y la vida de los otros digna de alabanza. Pero si se destierra del mundo la unión de la benevolencia, ninguna casa, ninguna ciudad subsistirá, ni aun el cultivo de los campos podrá permanecer. Y si por esto no se entiende bastante cuánta sea la fuerza de la amistad y de la concordia, de las disensiones y discordias se podrá entender Porque ¿qué casa hay tan fuerte, qué ciudad tan estable que los odios y discordias no puedan derribar? De donde se puede conocer cuánto bien se encierra en la amistad

De cierto hombre docto agrigentinõ (1) se cuenta haber dejado escrito en versos griegos, que todas cuantas cosas existen y se mueven en la máquina del universo las une y contrae la amistad, y las disipa ó las deshace la discordia; y esta es una verdad generalmente reconocida y acreditada por la experiencia. Y así, si alguna vez interpuso un amigo sus oficios ofreciéndose al peligro, ó á acompañar á otro en el que se halla, ninguno deja de aplaudirlo con las mayores alabanzas. ¿Qué gritos de aclamación no se movieron en todo el teatro con la nueva fábula de mi huésped y amigo M. Pacuvio, cuando ignorando el Rey quién de los dos era Orestes, Pilades decía que él era, para morir en su lugar, y Orestes aseguraba muy de veras que era él, como así era cierto? Aplaudíanlo los espectadores siendo fingido; ¿pues qué imaginaremos que harían si fuese cierto? Bien mostraba su inclinación la naturaleza, pues hacía parecer bien en otros lo que quizá no podrían ellos hacer en caso semejante. Hasta aquí me parece que os he declarado mi sentir acerca de la amistad: si algo resta (que bien creo será mucho) lo podéis preguntar, si os parece, á los que hablan sobre estos asuntos.

FANIO.—Mas nosotros mejor lo queremos saber de tí; aunque otras veces lo he preguntado á esos que dices, y los he escuchado no contra mi gusto; pero otra es la discusión que esperamos de tu discurso.

ESCÉVOLA.—Con más razón lo dirías, Fanio, si te hubieras hallado días pasados en casa de Escipión cuando se habló de la república. ¡Qué gran patrono se declaró entonces de la justicia contra un discurso muy estudiado de Filo!

(1) Empédocles, que puso estos dos principios en la naturaleza: la discordia y la amistad.

FANIO.—Era cosa muy regular en un hombre tan justificado defender la justicia.

ESCÉVOLA.—¿Pues de la amistad? ¿no le será muy fácil cuando por haberla mantenido con tanta justificación, fidelidad y constancia ha merecido tanta gloria?

LELIO.—Esto es ya forzar a uno: porque ¿qué importa que haya razón para obligarme? A la verdad me hacéis fuerza; porque á los deseos de los yernos, particularmente en un asunto por sí tan honesto, es difícil y aun no es justo resistirse.

CAPÍTULO VIII.

Origen de la amistad.

Muchas veces, pues, cuando me paro á pensar en la amistad, me parece digno de la mayor consideración si se produce por flaqueza y necesidad, de suerte que por recíprocos oficios reciba uno de otro lo que no alcanza por sí mismo, y lo vuelva mutuamente; ó si era esto propio y consiguiente de la amistad, pero su origen más antiguo, más honesto y más hijo de la naturaleza. Porque el amor (que ha dado nombre á la amistad) es el principal motivo de conciliarse la benevolencia. Pues las utilidades se suelen experimentar también de aquellos á quienes se trata y respeta por las circunstancias del tiempo; pero en la amistad nada es fingido, nada disimulado, todo cuanto hay en ella es verdadero, y todo proviene de la voluntad.

Y así, más me parece que la amistad es hija de la naturaleza que de la necesidad, y más de la aplicación del ánimo con cierto sentido de amar, que del

pensamiento de las utilidades que podrá traer. Cómo esto sea, es fácil de notar en algunos animales, que de tal suerte aman y son amados de sus hijos hasta cierto tiempo, que manifiestan bien su sentido: lo cual en los hombres es más evidente. Lo primero por aquel amor que hay entre padres é hijos, que no puede romperse sino por una horrible maldad. Lo segundo, cuando resulta igual inclinación á amar, si hemos encontrado alguno con quien congenien nuestra índole y costumbres; porque en él parece que miramos como en un espejo cierto resplandor de bondad y virtud. Pues no hay cosa más amable que la virtud, ni que más concilie el amor de los hombres: por lo cual amamos también en cierto modo aun á los que nunca hemos visto. ¿Quién se acordará sin un género de cariño y benevolencia de M. Curio y C. Fabricio, á quienes jamás vió? Al contrario á Tarquino el soberbio y á los Espurios Casio y Melio, ¿quién podrá mentarlos sin aborrecimiento? En la Italia se peleó sobre el imperio con dos generales, Pirro y Aníbal: con el uno por su bondad no está muy rencoroso nuestro ánimo; pero al otro por su crueldad le aborrecerá siempre esta ciudad.

CAPÍTULO IX.

La amistad toma su origen de la naturaleza, y no de la necesidad.

Pues si es tan grande la fuerza de la bondad, que la amamos aun en aquellos sujetos que no hemos visto jamás, y lo que más es, en los mismos enemigos. ¿qué mucho que se muevan los ánimos de los hombres

cuando les parece que conocen bondad y virtud en otros con quienes pueden tratar familiarmente? Verdad es que se confirma el amor recibiendo beneficios, experimentando la voluntad y añadido el trato; de las cuales circunstancias, unidas al primer movimiento del ánimo y del amor, resulta una admirable grandeza de cariño: el cual, si juzgan algunos que ha nacido de la flaqueza y necesidad (como si fuera el medio por que cualquiera alcanza lo que ha menester), por cierto que atribuyen á la amistad un origen muy bajo y nada honroso, por decirlo así, queriendo que haya dimanado de la escasez y pobreza. Si esto fuera cierto, cuanto menos facultades, cuanto menos prendas hallara un hombre en sí mismo, sería para la amistad el más proporcionado; pero es muy al contrario. Porque aquel que más confía de sí propio, que está tan bien guarnecido de sabiduría y virtud que de ninguno necesita, y cree tener todos los bienes dentro de sí mismo, es el más excelente y á propósito para buscar y conservar amistades. ¿Para qué me había menester á mí Escipión? Para nada: ni yo á él tampoco; sino que yo le amaba admirado en cierto modo de su virtud; y él me estimaba á mí llevado de alguna buena opinión de mis costumbres: y añadido el trato, se aumentó el cariño. Del cual, aunque se siguieron muchas y grandes utilidades, no nacieron las causas del amor de esperanza alguna de conseguirlas. Porque así como somos benéficos y liberales no por exigir el agradecimiento porque no hacemos comercio de los beneficios, sino porque naturalmente somos inclinados á la liberalidad; del mismo modo en la amistad no creemos que se ha de desear por ninguna esperanza de interés, sino porque en el amor consiste su mayor provecho.

Son muy contrarios á este nuestro modo de pensar los que á manera de brutos todo lo refieren á los delei-

tes: ni es maravilla; porque hombres que han hecho el ídolo de sus pensamientos á un objeto tan vil y despreciable, nada pueden concebir alta, magnífica ni divinamente. Dejemos á tales hombres fuera de nuestro discurso, y creamos que naturalmente se engendra la inclinación de amar y el amor de la benevolencia cuando se manifiesta la bondad, y los que la apetecen se aplican y se acercan más á gozar del trato y costumbres de aquel á quien comenzaron á amar á ser iguales en este amor, y más inclinados á servir á su amigo que ha ser gratificados de él. Esta honrosa competencia ha de haber entre los amigos. Así se sacarán de la amistad grandes utilidades, y será más ilustre y más cierto su origen de la naturaleza que de la necesidad. Porque si fuera el interés el que une las amistades, él mismo en faltando las desharía. Mas por cuanto no puede trocarse la naturaleza, por eso son eternas las verdaderas amistades. Y queda explicado con esto el origen de la amistad, si no queréis otra cosa.

FANIO.—Prosigue, Lelio, que yo, como mayor de edad, tengo derecho de pedírtelo por los dos.

ESCÉVOLA.—Dices bien, Fanio, y así, oigamos

CAPÍTULO X

amistad está expuesta á muchos peligros.

ELIO.—Oid, pues, varones esclarecidos, lo que muchas veces discurríamos Escipión y yo sobre la amistad; aunque él aseguraba no haber cosa más difícil que el que durase una amistad hasta lo último de la

vida. Porque sucede frecuentemente ó que una misma cosa no convenga á los dos amigos, ó que no sean de un mismo sentir acerca de la república; y también porque se suelen mudar las costumbres de los hombres, ya por las adversidades; ya por la mayor edad: de lo cual hacía semejanza con la niñez, pues los más vivos amores suelen dejar los niños junto con el traje de la puericia. Y si los llevan más adelante, se suelen deshacer ó por aspirar entrambos á una misma boda, ó por cualquiera otro provecho que los dos á un tiempo no puedan conseguir. Y aun cuando estén más adelantados en la amistad, llega ésta á faltar si pretenden ambos un mismo empleo honorífico: pues ningún mal hay mayor en las amistades que la codicia del dinero en muchos, y en los mejores la competencia en puntos de honor y gloria. Por cuyos motivos se han originado muchas veces enemistades muy grandes entre los mayores amigos.

Decía también que nace grave enojo y queja, aunque justa algunas veces, cuando se pretende de los amigos algo que no sea justo, como que sean ministros de sus pasiones, ó coadyuven á alguna injuria: pues los que lo rehusan, aunque con razón, son tenidos por quebrantadores de los derechos de la amistad por los otros con quienes no quisieron condescender; y los que se atreven á pedir cualquiera cosa á los amigos, manifiestan en esto mismo que nada dudarían hacer por ellos. Y por último, que por quejas de éstos no sólo suelen acabarse amistades muy antiguas, sino también levantarse odios graves y sempiternos. Estos y otros muchos como hados de las amistades decía Escipión que están siempre amenazando; de modo que el evitarlos todos no sólo le parecía prudencia, sino que lo tenía por gran fortuna.

CAPÍTULO XI.

«¿qué pueden pedir y conceder los amigos lícitamente.

Veamos ante todas cosas, si os parece, hasta dónde debe extenderse el amor en la amistad. ¿Diremos por ventura que si tuvo amigos Coriolano (1), debieron tomar con él las armas contra su patria? ¿Creeremos que los de Espurio Melio y Viscelino (2) estaban obligados á darles favor y ayuda en sus ambiciosos deseos por el imperio? A fe que cuando molestaba á la república Tiberio Graco (3), le desamparó Q. Tuberón y los otros amigos sus iguales. Estando yo asistiendo en el consejo á los cónsules Lenato y Rupilio, vino á suplicarme Cayo Blossio Cumano, huésped de vuestra familia, Escévola; y me daba por disculpa para que le perdonase, que estimaba tanto á Tiberio Graco, que le parecía que debía hacer cuanto fuese su voluntad. Entonces le dije yo: «¿Y si fuese su voluntad que pusieras fuego al Capitolio?—Jamás, respondió, hubiera él querido tal cosa.—¿Y si lo hubiera querido?—Le hubiera obedecido.» Ya veis qué malvada respuesta: y en verdad que así lo hizo, y aun más de lo que dijo: porque no sólo obedeció á la locura de Graco, sino que fué

(1) C. Marcio Coriolano, desterrado de su patria, la declaró guerra el año 265 de la fundación de Roma.

(2) Espurio Casio Viscelino fué precipitado de la roca Tarpeya por el delito de quererse apoderar del reino.

(3) Tiberio Graco, nieto de Africano, fué muerto en el Capitolio á quien no sólo no favoreció Q. Tuberón, sino que le persiguió

autor de la ejecución; y no fué tan solamente compañero de su furor, sino cabeza de todos. Y así con esta locura, amedrentado de la nueva pesquisa que se movía contra él, se pasó á los enemigos, huyó al Asia (1), donde pagó á la república las justas y merecidas penas. De modo que el haber pecado por servir al amigo no es excusa. Porque como sea la opinión de virtud la que concilia las amistades, es sumamente difícil que la amistad permanezca en apartándose de la virtud.

Y si nos proponemos por justo conceder á los amigos todo lo que quisieren, y conseguir de ellos cuanto nosotros pretendiéremos, menester es que sea perfecta nuestra sabiduría si tal condescendencia no lleva consigo algún defecto: hablo de aquellos amigos que están delante de nuestros ojos, á quienes vemos, de quienes tenemos noticia, y que comúnmente se hallan en la vida: del número de éstos hemos de sacar los ejemplos, y principalmente de aquellos que se acercan más á la sabiduría. Vemos que Papo Emilio y Cayo Luscinio, que eran, según hemos oído, muy amigos, fueron dos veces compañeros en el consulado, y otras dos después en la censura: también tenemos noticia que M. Curio y T. Coruncano fueron muy amigos de éstos, siéndolo también entre sí: de los cuales ni aun sospechar podemos que pidiese uno á su amigo cosa contraria á la fe, al juramento ó á la república. ¿Ni cómo se puede decir esto de unos hombres como aquéllos? Aunque lo hubiera pretendido con muchas instancias, sé muy bien que no lo hubiera conseguido habiendo sido ellos varones tan justificados. Así que creamos que es tan malo hacer cosa se-

(1) A Aristónico, hijo del rey Eumenes, cuya fortuna empeorada, se dió muerte á sí mismo.

mejante, aun rogados, como el rogarlo. Pero á Tib. Graco seguían en aquel tiempo C. Carbón y C. Catón, pero no su hermano Cayo, entonces de los más templados, y ahora su más acérrimo (1) defensor.

CAPÍTULO XII.

Se ha de romper con los amigos si pecan contra la patria.

Establézcase, pues, por ley primera en la amistad que ni pidamos á los amigos cosas malas, ni las hagamos aunque nos rueguen; pues es una excusa vergonzosa y no digna de ser admitida en cualesquiera pecados, pero principalmente en los que son contra la república, confesar que se hizo á ruegos de un amigo. Esto digo, Fanio y Escévola, porque hemos venido á tal tiempo, que debemos prever desde lejos las desdichas que pueden suceder á la república. Pues han comenzado ya á desviarse algún tanto las costumbres del día del camino y senda observada por nuestros antepasados. Tiberio Graco intentó apoderarse del imperio, ó por mejor decir, reinó algunos meses. ¿Qué cosa semejante á ésta había visto ni oído el pueblo romano? No puedo decir sin lágrimas lo que después de su muerte hicieron con Publio Nasica Escipión (2) los amigos y parientes de aquel partido **A**

(1) Porque este año era tribuno de la plebe, y defendía abiertamente la causa de la muerte de su hermano, de que antes no hizo caso. Este fué muerto por los alborotos que causó en la república el año 632 de la fundación de Roma. Véase el epítome de Livio en los libros LX y LXI.

(2) Le puso en la cárcel el tribuno de la plebe P. Curcio por la muerte de T. Graco.

Carbón contuvimos del modo que se pudo con el castigo reciente de Tiberio Graco. Pues del tribunado de C. Graco no es menester pronosticar las resultas que espero; porque el mal va cundiendo cada día, el cual una vez que comieza á extenderse, se inclina cada vez más al precipicio. Bien veis vosotros cuánto borrón y estrago se ha introducido por las proscripciones antes de ahora, primero con la ley de Gabinio, y dos años después por la de Casio (1). Ya me parece que veo al pueblo separado del Senado, y administrarse los más graves negocios al arbitrio de la multitud: pues serán muchos más los que aprendan cómo se hacen estos desórdenes, que cómo se ha de resistir á ellos.

Pero ¿á qué fin traigo yo esto? Para que entendamos que ninguno sin compañeros intenta semejantes hechos. Hase de establecer regla para los buenos, que si cayeren por casualidad en tales amistades incautamente, no crean que están tan atados que no se puedan apartar de los amigos cuando pecan en alguna cosa grave: y á los malos se ha de señalar pena, y no menor á los que siguen á otro que á los mismos seductores de la impiedad. ¿Qué hombre más esclarecido en Grecia que Temístocles? ¿quién más poderoso? Pues este mismo, después de haber sacado de esclavitud á la Grecia siendo capitán general en la guerra contra Persia, como fuese desterrado por envidias de otros, no sufrió el agravio de su injusta patria, como era razón que le sufriese. Hizo lo mismo que había ejecu-

(1) Antes del año 614 de la fundación de Roma se daban los votos de palabra en público. Después por las leyes Gavinia y Casia, y por otras, se estableció que se diesen en secreto por una tabla. Estas leyes tabelarias, favoreciendo la libertad del pueblo, y disminuyendo la autoridad de los nobles, pusieron á la república en una democracia descubierta. Véase el lib. III de *Legibus*, caps. XV y XVI.

tado Coriolano veinte años antes con nosotros. Ni uno ni otro encontraron quien les ayudase contra su patria; y así entrambos se dieron la muerte con sus propias manos. Por lo cual este consentimiento de los malos no sólo no se debe cubrir con la excusa de amistad, sino que ha de vengarse con el más riguroso castigo; para que ninguno juzgue que le es permitido seguir á su amigo aunque declare guerra contra su patria; lo cual no sé yo, según el semblante que han tomado las cosas, si algún día sucederá. Por lo menos no tengo menor cuidado de cómo estará la república después de mi muerte que del estado en que al presente se halla.

CAPÍTULO XIII.

No se han de admitir ciertas opiniones extrañas acerca de la amistad.

Sea, pues, la primera regla de la amistad que lo que pidamos á los amigos y lo que hagamos por ellos sea honesto, que no aguardemos á que nos rueguen, que haya siempre propensión y nunca tardanza, que nos alegremos de dar buenos consejos con libertad, que sea de mucho peso en la amistad la autoridad de los amigos que aconsejan bien, y que ésta se emplee en monestar no sólo abiertamente, sino también con rigor, si el asunto lo pidiere: y por fin, que se obedezca la autoridad interpuesta. Algunos que son tenidos por sabios en Grecia, tengo entendido que hacen mucho aprecio de ciertas cosas bien extrañas (como otras de sus agudezas, que siguen por opinión en todos

asuntos), diciendo unos que se deben excusar las amistades demasiado estrechas por no estar uno solícito por muchos; que á cada uno le bastan y aun le sobran sus cuidados propios, y que es cosa molesta tomar con mucho empeño los ajenos; que es muy cómodo que las riendas de la amistad sean muy largas, y encojerlas ó soltarlas cuando se quiera: porque lo principal de una buena vida es que sea descansada, y que de ésta no puede gozar el ánimo que ha de parir (digamos así) por muchas personas.

Oigo también que otros dicen con un sentimiento más indigno de un hombre (lo cual toqué antes de paso), que las amistades se han de desear por la esperanza de apoyo y amparo, y no por benevolencia ni cariñoso afecto: así que, el que menos firmeza y menos facultades halla en sí mismo, es el que apetece con más ansia las amistades: de donde nace que las flacas mujeres buscan más los arrimos de la amistad que los hombres, más los necesitados que los ricos, y más los desgraciados que los que son tenidos por dichosos. ¡Qué bella sabiduría! El sol parece que quita al mundo los que de la vida quitan la amistad, que es el don más excelente y más dulce que tenemos de los Dioses inmortales. Porque ¿qué tranquilidad es ésta? Al parecer suave, pero despreciable en realidad por muchos motivos. Pues no es conforme á razón no tomar uno sobre sí, ó deponer el negocio ó empresa honesta ya tomada, por no tener cuidado. Si vamos huyendo de esta solitud, hemos de huir también de la virtud, la cual es preciso que con algún cuidado deseché de sí y aborrezca á sus contrarios; como la bondad á la malicia, la templanza á la liviandad, y á la pereza la constancia. Y así se ve que los hombres justificados se duelen de la injusticia, los fuertes de la flaqueza y los modestos de la maldad. Así que es pro-